

EL COMPROMISO ÉTICO DE LA MEDICINA. A PROPÓSITO DE LA OBRA DE ALFRED I. TAUBER

Ion Arrieta-Valero, Universidad del País Vasco, España

Resumen: *Tomando como punto de partida la reciente traducción al castellano de su libro Confesiones de un médico, su trabajo más personal y aplaudido, este artículo hace un repaso de la obra de Alfred I. Tauber, una de las voces más influyentes en la actualidad de las humanidades médicas norteamericanas. La obra de Tauber es ya muy extensa y de una gran variedad temática, pero es posible identificar las dos preocupaciones centrales que la animan: el intento de fundamentar e implantar una alternativa a la ética autonomista que a día de hoy domina el escenario de la práctica y la toma de decisiones médicas, por un lado; y por el otro, la inquietud por la excesiva querencia por la ciencia y la tecnología que generalmente muestra la medicina actual, lo cual no tendría nada de censurable si ello no supusiera sacrificar de una manera torpe e innecesaria el elemento empático y humanista propio del arte de cuidar.*

Palabras clave: autonomía, ética relacional, medicina científica, medicina humanista, relación médico-paciente.

Abstract: *Taking as starting point the recent translation into Spanish of his book Confessions of a medicine man, his most personal and applauded work, this article reviews the work of Alfred I. Tauber, one of the most influential voices currently in U.S. medical humanities. Tauber's work is already very extensive and presents a wide variety of themes, but it is possible to identify two main concerns: the attempt to justify and implement an alternative to autonomist ethics that today dominates the medical practice and decision making on the one hand; and on the other hand, the concern for the excessive penchant for science and technology that usually shows current medicine, which would have nothing objectionable if it had not sacrificed in a clumsy and unnecessary way the empathetic and humanist element characteristic of the art of caring.*

Keywords: autonomy, relational ethics, scientific medicine, humanist medicine, doctor-patient relationship.



EN MEDIO de la estancia, sobre un lecho improvisado con dos sillas, yace una niña gravemente enferma. Sentado a escasos palmos de su joven paciente se encuentra un médico, cuyo semblante combina una mezcla de preocupación, tenacidad y rabia contenida. Detrás, a un lado, se observa a los padres de la criatura: ella sentada, llorando abatida; él de pie, tratando de consolar a su esposa mientras mira suplicante al doctor. Pero la naturaleza sigue su curso, se adivina el fatal desenlace, y aún así el médico continúa testarudamente comprometido con su joven paciente.¹

Se trata del cuadro *The Doctor*, obra del pintor inglés Sir Luke Fildes. El cuadro fue creado en 1891 y se hizo de inmediato tremendamente popular, lo cual no extraña, ya que serán contadas las ocasiones en que una obra de arte habrá recogido con mayor finura y elegancia la esencia última de una profesión como la médica. Bien es cierto que desde entonces muchas cosas han cambiado en medicina. El cuadro fue compuesto justo cuando estaba iniciándose en la medicina occidental una revolución científica y tecnológica sin precedentes, cuyos espectaculares éxitos y resultados nadie pone en duda. Pero también desde entonces la medicina se ha visto alterada en algo mucho más profundo como son las bases que gobiernan la relación entre profesional médico y paciente. Además de mantener su fuerza original, *The Doctor* adquiere para el espectador actual un significado especial, pues —dejando a un lado los tintes sentimentalistas propios de la época victoriana en que fue creado— recoge algo consustancial a la medicina que en nuestros días muchos añoran: el fuerte compromiso ético del médico con su cargo y el carácter ante todo empático de la relación con su paciente. *The Doctor* condensa toda una filosofía de la medicina; así lo entendió al menos el prestigioso médico y filósofo norteamericano Alfred Tauber al elegirlo como portada para la versión original inglesa de su libro *Confesiones de un médico*. Una portada que la edición castellana —de reciente aparición en la editorial Triacastela— ha tenido por bien mantener.

Llamaba mucho la atención que hasta la fecha los lectores de habla hispana no dispusieran de ninguna obra de una voz tan influyente en el ámbito de las humanidades médicas como la de Alfred Tauber, ni siquiera de *Confesiones de un médico*, que es, como señala el propio autor en el inédito y extenso prefacio realizado *ex profeso* para la edición española, su libro favorito y más importante. En efecto, si bien con su trabajo *The Immune Self: Theory or Metaphor?* (1994) Tauber ya había alcanzado cierto renombre en el ámbito de la inmunología —su especialidad—, *Confesiones* representa el viraje firme y decidido hacia la ética médica y marca de manera decisiva toda su trayectoria intelectual posterior. En sus páginas se identifican ya con claridad los dos problemas centrales que a la postre condicionarán su carrera: el intento de fundamentar e implantar una alternativa a la ética autonomista que a día de hoy domina el escenario de la práctica y la toma de decisiones médicas, por un lado; y por el otro, la preocupación por la excesiva querencia por la ciencia y la tecnología que generalmente muestra la medicina, lo cual no tendría nada de censurable si ello no supusiera sacrificar de una manera torpe e innecesaria el elemento empático y humanista propio del arte de cuidar.

Un desmedido entusiasmo por los adelantos de la ciencia del que también participó en su día un joven y prometedor Alfred Tauber. Así nos lo reconoce el propio autor en una de las numerosas vivencias biográficas y profesionales que intercala

¹ Agradecimientos: este trabajo entra dentro de una investigación financiada por una beca predoctoral del Gobierno vasco (Programa de ayudas FPI-2011).

aquí y allá a lo largo del texto, y que resultan ser una verdadera delicia. Encontramos en el protagonista de estas breves historias a un ser humano cercano y sensible que, al igual que hiciera en su día Agustín de Hipona, confiesa sus «pecados de juventud», y relata cómo tras una etapa inicial en la que participó de un *ethos* científico y deshumanizado fue paulatinamente despojándose de esa máscara de ciencia y autoridad tras la que se escondía, convirtiéndose de esta manera en un mejor médico. Huelga decir que la incursión por parte de Tauber de estos capítulos personales —y hasta íntimos— no es de ningún modo algo accidental o gratuito, ni responde a un afán meramente estético o «novelesco». Tauber es consciente no ya del gran poder pedagógico que tiene la narrativa, sino de que se trata de un instrumento que se ha tornado ya imprescindible para la reflexión ética, y mucho más si cabe en un contexto como el de la enfermedad humana, que ya no se puede entender como un hecho aislado y «objetivo», independiente de la «historia» del individuo que la padece.

Tauber comenzó su carrera como médico en una época en la que la relación entre médico y enfermo era poco menos que sacrosanta y las decisiones médicas se tomaban casi siempre en base a la confianza y la complicidad entre las partes. Parece claro, sin embargo, que en el curso de unas décadas todo ello se ha ido progresivamente deteriorando, por lo que se propone como tarea indagar en las causas de esta profunda crisis que está sufriendo el mundo médico. Así, Tauber no resta trascendencia a la importancia decisiva que en la medicina de hoy han adquirido los factores económicos y administrativos, pero señala que esas transformaciones no se pueden comprender en su integridad si no se insertan dentro de algo más grande y profundo, un enorme cambio cultural que está transformando los valores y normas que rigen las relaciones entre los sujetos morales. En las últimas décadas del siglo xx el individuo ha venido reivindicando su protagonismo en todas las facetas de su vida, incluida esa tan importante que atañe a su salud, y esto ha tenido como consecuencia un radical cuestionamiento de los principios y bases morales que tradicionalmente han gobernado la relación médico-paciente. El médico tiene autoridad sobre los *hechos* médicos, pero no necesariamente sobre los *valores o principios* morales: he aquí la convicción de fondo con la que el usuario de hoy entra por la puerta del ambulatorio o del hospital. El derrumbe del secular modelo beneficentista o la enorme importancia que en poco tiempo ha adquirido una disciplina como la bioética son claras muestras de esta auténtica revolución que se está produciendo en la manera de concebir el encuentro entre médico y usuario del sistema sanitario.

Tauber, notoriamente insatisfecho con los principios éticos que han dominado la práctica profesional médica en los últimos años, consagra su trabajo a examinar las raíces éticas que deberían sustentar la relación entre médico y paciente en este orden moral nuevo. A su juicio, una de las grandes causas de la progresiva desconfianza que grandes capas de la población muestran hacia la profesión médica tiene que ver con el descuido por parte de ésta de su misión básicamente humanitaria. A este respecto, Tauber no hace sino recordar algo fundamental que parece haberse olvidado: la medicina es una actividad fundamentalmente ética y por tanto todos los médicos deben ser especialistas en ética. Pues bien, un paso ineludible para solventar esta carencia de base que caracteriza a buena parte de la medicina actual ha de ser un serio replanteamiento del papel de la ciencia y la tecnología en la medicina. Qué duda cabe que la ciencia y la tecnología desempeñan un papel crucial en la medicina de nuestro tiempo, pero de ningún modo son la única base para la atención clínica. Son, afirma Tauber, *instrumentos* para un mejor cuidado que deben estar al servicio de ese

imperativo moral primario. La preocupación por cómo traducir el conocimiento científico en algo con sentido más personal, en algo que sirva a los propósitos humanistas del arte de curar, será central en obras posteriores a *Confesiones* como *Henry David Thoreau and the Moral Agency of Knowing* (2001) o las más recientes *Science and the Quest for Meaning* (2009) o *Freud, The Reluctant Philosopher* (2010), monográfico dedicado al padre del psicoanálisis. En estos trabajos hay un esfuerzo por humanizar la ciencia o, si se quiere, por cimentar una filosofía humanista de la ciencia. Partiendo de la premisa de que conocer el mundo es conocerlo moralmente —en el sentido de asignarle un valor—, Tauber intentará dotar a la ciencia de un contexto más amplio de significados humanistas, una ciencia que ayude a presentar una imagen de la realidad humana más acorde con su subjetividad. La ciencia tiene que integrarse con otras formas de conocimiento, pero para ello ha de despojarse de una vez de su sempiterna tendencia a conquistar territorios que no le son propios. Practicar una medicina exclusivamente centrada en la ciencia supone una pérdida de recursos humanos esenciales y supone un empeoramiento en la calidad del cuidado. De este modo entendemos el énfasis con que Tauber defiende el papel de las humanidades en la formación de los profesionales sanitarios, en la que la ética médica no es una disciplina accesoria o desgajada del estudio de la medicina, sino consustancial a él.

Un claro ejemplo de esta preeminencia del *ethos* científico sobre el ético en la medicina contemporánea es según Tauber la forma en que comúnmente ésta afronta el fenómeno de la enfermedad. Por lo general, la profesión médica dedica sus esfuerzos únicamente a un componente del estar enfermo: su aspecto material, que puede medirse por medios físicos o químicos. Para Tauber, esos enfoques científicos son sin duda enormemente poderosos, pero hay otras dimensiones del estar enfermo —personales, emocionales, morales— que requieren atención y a las que la ciencia tiene poco que contribuir directamente. El mero conocimiento científico, en el que el paciente se convierte en un *cuerpo enfermo*, representa un abordaje inadecuado e insuficiente de la persona enferma. A pesar de los asombrosos resultados que ha cosechado la ciencia médica tradicional, las denominadas medicinas alternativas no han dejado de crecer, y esto es para Tauber una prueba notoria de la incapacidad que la medicina convencional muestra a la hora de responder de manera global a las necesidades de la persona enferma. Como es natural, Tauber no se opone a que la ciencia se aplique en medicina, sino a que entre médico y enfermo se imponga el *ethos* científico: además de un científico experto, es empatía y compasión lo que necesita el enfermo por parte de su médico; además de ocuparse de la totalidad de las personas, la medicina debe también ocuparse de la totalidad de la persona.

Otro de los grandes desenfoques que ha puesto la relación asistencial en una encrucijada es en opinión de Tauber el triunfo en la práctica médica diaria de la autonomía individual como norma reguladora de las relaciones entre profesionales y pacientes. La preocupación por el desmesurado alcance tanto normativo como práctico del principio de autonomía en la ética médica, que ya ocupaba muchas páginas de sus *Confesiones*, será abordada de forma más sistemática y filosófica en *Patient Autonomy and the Ethics of Responsibility* (2005). Aunque hoy la demos por supuesta, la autonomía es, recuerda Tauber, hija del liberalismo inglés clásico, el producto —la «invención», llegará a decir en varias ocasiones en ambos textos— de un tiempo y lugar determinados. La ética basada en la autonomía ha resultado tremendamente exitosa y ha sido crucial en el desarrollo de las democracias occidentales, pero a juicio de Tauber es muy conflictiva en ámbitos como la medicina. Un enfoque sólo centrado en la autonomía, que ponga el énfasis en la

independencia y la autosuficiencia, olvida la dimensión esencialmente social y relacional de los seres humanos. Dependemos de los demás, y esta dependencia se vuelve especialmente manifiesta en un contexto donde las personas se encuentran enfermas o discapacitadas y requieren cuidado. De ahí que para Tauber sea muy paradójico que el respeto por la autonomía sea una norma dominante en la ética médica, ya que en muchos casos hay muy poca autonomía que ser respetada. De hecho, el mero «traslado» de esa autonomía jurídica y liberal, casi exclusivamente preocupada por la protección de los derechos individuales, no hace sino originar un sinnfin de problemas en ambos polos de la relación asistencial: por un lado, genera profesionales sanitarios a la defensiva, expertos en jurisprudencia médica y derecho sanitario para «protegerse» de posibles negligencias y malas prácticas. Por el otro lado, la autonomía se convierte en muchos casos en una abstracción de dudosa utilidad para la persona enferma, pues puede hacernos olvidar la situación de desvalimiento y vulnerabilidad en que al individuo le coloca la situación de enfermedad. Cabe en estos casos preguntarse si algunos pacientes *quieren* realmente la autonomía y si enarbolar la bandera de la autonomía no es más bien abandonar al paciente a su suerte. Por eso cree Tauber que la sola autonomía no puede ser un fundamento suficiente sobre el cual construir una medicina más humanista. La medicina, afirma Tauber, debe dirigirse a una forma diferente de relación, en la cual la autonomía sea sólo un elemento más del complejo cálculo de los cuidados. Una estructura ética diferente que destierre la idea falsa y corrosiva según la cual el ejercicio de la beneficencia o la responsabilidad profesionales supone quebrantar el respeto por la autonomía del paciente. Por el contrario, la coordinación de los derechos de los pacientes con las responsabilidades de sus cuidadores se traducirá en un fortalecimiento de la autonomía y redundará en una medicina más humana. Impulsar una ética del cuidado no supone por tanto sacrificar la autonomía, sin duda una de las grandes conquistas de la modernidad, sino reducir su predominio, con el fin de construir una medicina realmente ética y humanista, en lo que lo importante de veras sea la manera en que se responda a la llamada de la persona enferma.

Y es aquí donde la obra de un filósofo como Emmanuel Levinas cobra, al menos estratégicamente, gran importancia. La ética de Levinas, al ser una respuesta radical a un sistema de pensamiento basado únicamente en el agente moral autónomo, le resulta de gran utilidad a Tauber porque proporciona una manera de ver las cosas en la que lo importante ya no es el paciente por sí solo, el sujeto autónomo, sino la *relación* del paciente con el médico. Ahora bien, Tauber usa a Levinas de manera análoga a como Wittgenstein recomendaba usar su *Tractatus*, esto es, como una escalera con la que llegar a ciertos conocimientos y que, luego de acceder a ellos, se podía desechar. Tauber se sube a hombros de Levinas porque ve en su filosofía los elementos necesarios para construir una robusta alternativa a la ética autonomista. En Levinas, el Yo no sólo está definido en relación con el Otro, sino que la misma naturaleza de su ser reside en esa intersubjetividad. Es más, *somos personas sólo gracias a nuestra relación con los otros*. Pero una vez encaramado arriba, Tauber se percata de que en eso precisamente radica la esencia del encuentro médico: en medicina la estructura moral que defiende Levinas ya viene dada. No necesitamos preocuparnos, asegura Tauber en *Confesiones*, por buscar la base de la relación ética de reconocimiento del Otro en el ámbito clínico, lisa y llanamente porque «está ahí desde el primer momento. Sólo necesitamos recordar ese hecho existencial».

Llegados a este punto, nos vemos en la necesidad de decir que Tauber plantea el contraste entre la ética basada en la autonomía y la ética relacional en términos un poco crudos y excesivos. Pero diremos a continuación que es un contraste

voluntariamente enfatizado. En realidad, Tauber no se interesa tanto por la bioética como por la ética médica: lo que Tauber hace es intentar ampliar la discusión del problema de los derechos del paciente a la cuestión ética más fundamental de la *relación filosófica* entre paciente y profesional de la salud. Dicho en términos simples, para Tauber la reflexión en torno a cómo se porta el *médico como persona* —como un Yo— con su paciente es un asunto tan crucial como la reflexión en torno al paciente y sus peticiones. Por eso pone tanto interés en la autoconciencia ética y en el compromiso humanista que todo profesional de la medicina debe tener con su cargo y con el bienestar de su paciente. Un buen doctor ha de ser especialmente sensible a aspectos tan cruciales para Tauber como la vivencia subjetiva del enfermo, el «relato» de su sufrimiento o sus vínculos sociales y emocionales. En este sentido, su propuesta se encuentra mucho más cerca del paradigma de las virtudes de autores como Pellegrino o Thomasma o de las éticas del cuidado de inspiración feminista que de modelos bioéticos ya considerados tradicionales como el principialista, demasiado teóricos y abstractos y tendentes a subsumir la riqueza y la complejidad de la vida moral humana en unos principios de aplicación casi mecánica. Por eso apuesta por un modelo de médico más antiguo, un modelo como el que representa el cuadro *The Doctor*, que preste importancia a aquellos hábitos y rasgos de carácter que hacen de un médico un buen profesional. Una forma de hacer medicina, en suma, que, sin dar la espalda a las oportunidades y progresos que ofrezcan la ciencia y la tecnología, esté basada en la relación fundamentalmente humana entre doctor y paciente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Tauber, A. I. (1994): *The Immune Self: Theory or Metaphor?*, New York and Cambridge, Cambridge University Press.
- (2001): *Henry David Thoreau and the Moral Agency of Knowing*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press.
- (2001): *Confessions of a Medicine Man: An Essay in Popular Philosophy*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press. [*Confesiones de un médico. Un ensayo filosófico*, Madrid, Triacastela, 2011].
- (2005): *Patient Autonomy and the Ethics of Responsibility*, Cambridge, The MIT Press.
- (2009): *Science and the Quest for Meaning*, Waco TX, Baylor University Press.
- (2010): *Freud, the Reluctant Philosopher*, Princeton, Princeton University Press.

SOBRE EL AUTOR

Ion Arrieta-Valero es licenciado en Filosofía, UPV/EHU. Máster en «Filosofía, Ciencia y Valores» UPV/EHU, UNAM. En la actualidad estoy realizando la tesis doctoral sobre «Conceptos de autonomía y enfermedad en Bioética» en el Departamento de Filosofía de los Valores y Antropología Social. Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV/EHU).